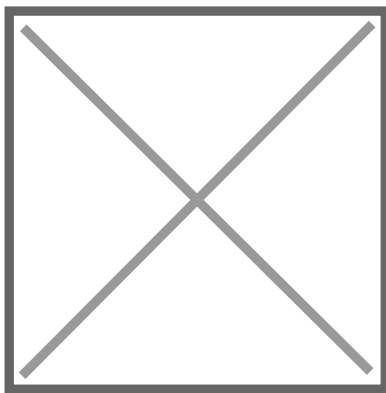




El hijo de la ballena blanca

Como una ráfaga antártica, nos llega la nota en que se comenta, como de paso, cierto estado de ánimo que estaría afectando al gran hijo de la ballena blanca, Francisco Coloane.

En un documental que se ha estado exhibiendo en España, últimamente, y en que él aparece, da lectura a una dedicatoria que su amigo Neruda le escribiera.

La cámara lo muestra con su barba, sus ojos de niño, su voz orquestal, mientras recorre las estrofas verdes que el tiempo no ha destellado. Se trata de un valioso grabado antiguo con la figura de un gran pez del mar, al parecer un unicornio.

"Pablo me lo mandó de París poco antes de morir", explica. Lo mantiene al centro de libros y recuerdos, sobre un armario.

"A Francisco Coloane, hijo de la Ballena Blanca, fraternalmente, Pablo Neruda, 1972, París".

"Me escribió muchas dedicatorias, por ejemplo en una antología que hice de su obra, publicada por Andrés Bello, cuando le dieron el premio Nobel".

Aquí dice: "Gracias por tu gran trabajo, excelente antología, al gran Pancho que navega a toda barba por los mares del sur. Su amigo y hermano, Neruda, 1972".

Suspira y dice: "Son cosas que me llegaron muy adentro a mí".

No lo dudamos y por ello les contaremos la anécdota en que la faceta de este hombre que hoy deslumbra a una Europa, sobre todo a un París que lo equipara a Melville, a Conrad, resplandece en su modestia.

En Villa del Mar, fines de los sesenta, vivía un médico y antropólogo, Hernán San Martín, autor de varias obras ensayísticas acerca de la idiosincrasia de los chilenos. Armó en su casa, que tenía un enorme cóndor de lata en calidad de mascarón de proa sobre la puerta de entrada, una fiesta de disfraces. Matilde Urrutia se disfrazó de odalisca. Unos amigos árabes, entre ellos mi marido, se colocaron magníficas túnicas de seda blanca y en la cabeza el pufolete suelto sujeto con un cordón trenzado cuyo nombre siempre olvidó, pero que tan bien le sentaba a Lawrence de Arabia, o sea, Peter O'Toole.

Mi disfraz era una ténida de campesina bávara, con una especie de capelina muy coqueta, puesto que todo había provenido mágicamente de un baúl tipo lámpara de Aladino que poseía el dueño de casa. No recuerdo cómo se mimetizaron Neruda y los demás del grupo, pero Coloane era, sin duda, el único disfrazado que parecía de verdad, con un pañuelo amarrado en la cabeza, una camisa de bucanero y esa estampa magallánica y baracana que Dios le dio y en la cual se quedó estacionada la imaginación.

La fiesta se prolongó hasta el otro día y el gran Pancho no halló nada mejor que consumir el contenido de una olla de arroz frío, del cual restaba la histórica sobra. Junto con ello, la fiesta lo había

hecho sentirse a bordo de un barco, por lo cual de puro mareado se quedó dormido en un sofá, luego de cometer algunas pintorescas chiquilladas en cuyos detalles prefiero no entrar.

Neruda se había ido temprano, por lo cual no se impuso de las "gracias" de su oceánico hermano.

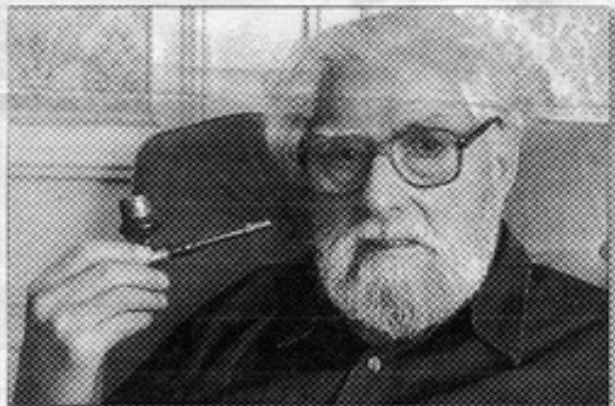
Pero protegida por el cariño extraterrestre que sentía por el hijo de la ballena blanca di en narrarle aquellos episodios ocurridos en Villa del Mar. El poeta se tapó los ojos con las dos manos y como si hubiera retrocedido a los nueve o diez años, me suplicó, en un acceso de consternación y angustia:

¡Por favor, por favor! ¡Qué habrá hecho!

¡No me cuentes nada, no me digas nada, no quiero saber nada, nada, nada!



Escibe
Sara Vial



Su cariño por él le impedía cerciorarse del menor detalle.

Cuando le conté al autor de "El Último Grumete de la Baquedano" esta anécdota vivida en Isla Negra, me quedó mirando con sus ojos de olas del Cabo de Hornos, que en ese momento se apaciguaron como esas ovejas de la Patagonia que tan bien conocía. Su reacción fue también imprevisible y tan apasionada como la de su amigo, con la diferencia que no se tapó los ojos ni se tomó la cabeza a dos manos.

Solamente con su ronca voz me suplicó que "se lo contara todo por escrito".

Con su mirada de cazador de lobos, el gran Pancho había captado de golpe la dimensión del fraternal cariño, respeto y amistad reflejada en aquella actitud del amigo tan fuertemente admirado.

"Dímelo por escrito", me repetía con ansiedad. "Escribemelo, por favor". Qué raro. Los dos utili-

zando la misma palabra, "por favor". Los dos conmovidos y sacudidos de la misma forma, aunque uno se resistiera a escuchar y el otro lo pidiera por escrito, de modo que no se volara una coma.

Querido Pancho Coloane, yo mantenía esta deuda contigo, porque como la vida se desliza como un río en invierno, locamente hacia el mar, y el tiempo se disfraza de relojes sólo para hacernos creer que existe alguna diferencia entre horas y minutos... fui dejando pasar el tiempo como si en cualquier momento hubiera podido cumplir una petición tan simple, con un lápiz que no se gastaría nunca en mi mano y estaría siempre a punto de regalarte esa satisfacción.

No ha sido así hasta hoy, en que gracias "a La Segunda", llegan estas palabras a tu casa santiaguina que tiene el aire de haberse venido de lejos, del Canal de Chacao, con ese mantel transoceánico, como llamas al gigantesco mural en que has ido acumulando cientos de firmas de escritores y amigos... podrás por fin leer, y volver a leer esas palabras que se me fueron quedando, no olvidadas, sino rezagadas.

¿Te acuerdas de esos "tubos llenos de viento o de llanto"? Eran unos venos que te conmovían como tu propio Chilote de palafitos, de pieles de focas, de aventuras que al leerlas les ha devuelto a los europeos el amor por el mar, su resonancia, la libertad austral de tus libros, hoy traducidos a tantos idiomas, repentinamente, como en una bofetada invernal.

Y por eso queremos decirte, relámpago de la Tierra del Fuego, no es que Chile te olvide; lo que sucede es que nuestro Chile es un país irremediablemente desahogado, su buen poco envidioso, cojo para la lectura, bastante miope y si después de cincuenta años los franceses se enloquecen con tus libros, es porque no los leyeron, como nosotros, antes. No es que no conozcamos tu guanaco blanco, tu témpano de Kanakaka, tus correrías en la hacienda Sara, como a las propias heladas estrellas de nuestro cielo. Lo peor, es que nos sabemos de memoria cada uno de tus libros y creíamos ingenuamente que los habíamos entendido.

Perdona la suficiencia doctoral, el morbido intelectualismo que teme lo natural y se esconde en el nicho del hermetismo. ¿No andará por ahí la cosa? Pero tu obra estaba tendida en las playas como un delfín que duerme. Y ahora, en la vieja Europa, da estos "saltos jabonados de delfín", como lo diría García Lorca.

No tenemos mejor hijo de nuestro fin del mundo. Y por eso brindo con la estrella polar por tu destino colmado, gran señor de la ballena blanca, ya que como lo dijiste tú con tu voz en homenaje a otro escritor: "Estás en el mar, estás en el cielo, estás en todas partes donde haya una nube...".

El hijo de la ballena blanca [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hijo de la ballena blanca [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile